

Nombre del Autor

Andrés Felipe Rivera Gómez

Nacionalidad

Colombiano

Grado académico

Magíster en Defensa de los Derechos Humanos y del Derecho Internacional Humanitario ante Organismos, Tribunales y Cortes Internacionales

Adscripción

Universidad Santo Tomás, Colombia

Datos del contacto

andresriverag@usantotomas.edu.co; celular: +57 3208366257; dirección: Calle 52A N° 9-72, Apto 302, barrio Chapinero Central, Bogotá, D.C., Colombia.

Semblanza curricular

Licenciado en Filosofía; Bachiller en Teología; Candidato a Licenciado en Teología; Magíster en Defensa de los Derechos Humanos y del Derecho Internacional Humanitario ante Organismos, Tribunales y Cortes Internacionales. Docente investigador de la Universidad Santo Tomás, Colombia y coautor de proyectos relacionados con la construcción de paz; paz ambiental; y educación ambiental. Autor de artículos de reflexión y resultado de investigación en temas de teología, filosofía, ética y construcción de paz.

Título del artículo

Aportes de la razón judeocristiana para construir la paz

Aportes de la razón judeocristiana para construir la paz

Contributions of Judeo-Christian reason for building peace

Resumen

En la actualidad, la mayor parte de los seres humanos atraviesan por una serie de crisis provocadas por intereses particulares en la que se olvida que todos pertenecemos a un espacio común. La búsqueda de poder y la ley del más fuerte se han impuesto de tal manera que se llega a desnaturalizar la humanidad del otro. Se genera, un pecado estructural, que solo reproduce víctimas e injusticia social, despertando así el deseo de castigo y de una justicia retributiva que por lo menos sancione a quienes hicieron tanto daño. Tales afectaciones despertarán una lógica sacrificial que solo despertará más violencia. Frente a ello, el pensamiento judeocristiano a través de la praxis y testimonio de Jesús, opta por la búsqueda de la no violencia y la humanización entre víctimas y victimarios, solo posible, desde un camino de *metanoia*, logrando incluso una deconstrucción del otro como enemigo para lograr la paz.

Palabras clave

Lógica sacrificial; víctimas; deconstrucción; cristianismo; pecado estructural.

Abstract

Today, most human beings are going through a series of crises provoked by particular interests in which we forget that we all belong to a common space. The quest for power and the law of the strongest have been imposed in such a way that the humanity of the other is denaturalized. A structural sin is generated, which only reproduces victims and social injustice, thus awakening the desire for punishment and retributive justice that at least punishes those who did so much damage. Such affectations will awaken a sacrificial logic that will only awaken more violence. Faced with this, Judeo-Christian thought, through the praxis and testimony of Jesus, opts for the search for non-violence and humanization between victims and

victimizers, only possible from a path of *metanoia*, even achieving a deconstruction of the other as an enemy to achieve peace.

Key words

Sacrificial logic; victims; deconstruction; Christianity; structural sin.

1. Introducción

La lógica sacrificial ha sido una práctica por parte de las culturas, a través de la cual se ha intentado mantener el orden, sin importar el nivel de violencia que deba imprimirse para lograr aquel. Desde tiempo atrás se ha contemplado el castigo y la sanción como el único medio eficaz para que los diferentes grupos fuesen capaces de evitar la agresión, sin importar, si esto durara poco, dado que, si bien, por miedo, quienes querían agredirse llegaban a contenerse en el momento, esto no significaba que menguara el deseo de arremeter contra el otro. Lo peor de todo es que pese a corroborar que las lógicas sacrificiales no consiguen alguna paz o bienestar, todavía existen personas y colectivos los cuales creen que esa es la única salida para la obtención de una vida tranquila.

Contrario a lo anterior, el pensamiento judeocristiano propone valores como el perdón, la reconciliación, la compasión, la empatía, la misericordia, el amor, la alteridad y, la apertura al otro en general, por encima de cualquier búsqueda de venganza, violencia o ajuste de cuentas, dado que está comprobado, un daño será ocasión de otro mucho mayor y sin alguna alternativa que le halle solución.

Desde las enseñanzas de Jesús de Nazaret se ha encontrado trazada toda una ruta para el encuentro, el diálogo y el debilitamiento de cualquier odio acumulado. Será su propia vida la que contribuirá para que, en todo tiempo y lugar, sin importar el nivel de maldad que se presente, se busque una respuesta diferente a la de enseñarse contra otro u otros seres humanos. De ahí la importancia de este artículo que tiene como propósito presentar los aportes de la razón judeocristiana para construir la paz. Para lograr lo anterior, en un primer momento se presentará una teología de la no violencia y la reconciliación; seguidamente hará un hincapié sobre la era de las víctimas, de los chivos expiatorios y la invisibilización del

pecado estructural; finalmente, se hará una reflexión en torno a una teología del perdón y la deconstrucción del enemigo para una amistad social.

2. De una teología de la no violencia y la reconciliación

¿Qué acciones llevan al hombre a apartarse de su propia naturaleza? Ante este interrogante se podría pensar en acciones como el asesinato, el desplazamiento forzado, el bombardeo a determinada región, el desabastecimiento a una población de sus alimentos, la violación a alguna persona, etc. Ahora bien, lo anterior son las acciones que pueden evidenciar una desnaturalización o pérdida de la esencia humana; no obstante, pese a ser acciones desmedidas, terminan siendo el resultado de un mal mayor, como lo es el odio, la codicia o la antipatía, tres sentimientos que dejan entrever cuál puede ser su alcance, o incluso, puede que no, dado que la ira y el veneno de la venganza, por ejemplo, solo permiten entender, que no hay dimensionamiento de nada en la contemplación del mal, dado que este último, jamás se cansa, no tiene límites (Krell 2014).

Lo anterior es precisamente lo que se evidencia en la teología de la historia del pueblo de Israel, en la que la envidia puede llevar al homicidio (Gn 4,8); o el deseo y los impulsos, a querer exponer la vida de otros (2S 11:14-17); el miedo a perder el poder puede generar infanticidios y hasta desplazamiento forzado (Mt 2:13-17). Esto indica que el mal lleva a que la dimensión de la otredad y el valor de la alteridad, se pierdan; de ahí, el resultado, la violencia.

Frente a aquello, la teología judeocristiana va a poner en tela de juicio la violencia como salida a las situaciones difíciles, por ende, la necesidad de hacer una lectura profunda y una debida interpretación del Antiguo Testamento, dado que al abordarse literalmente, se encuentran escenas de un Dios que, puede influir en el endurecimiento de las personas (Éx 14:8); no deja pasar un castigo al que ha fallado (Éx 32, 30 – 35); y además, incluso aprueba el exterminio de un pueblo (Jos 6, 17 – 21). Algo es incongruente con el Dios de Jesús de Nazaret y, fuera de ello, no concuerda con esa imagen que el maestro de Galilea enseñó sobre su Padre, quien lo que más desea es que todos los hombres se salven (1Tm 2:3-4). Por lo anterior, se hace la salvedad de la necesidad de hacer una lectura bíblica no solamente profunda, sino, debidamente interpretada y desde su propio contexto (Rivera 2019).

El Antiguo Testamento es el fiel reflejo de la revelación de Dios, en la medida en que paulatinamente está logrando que se aclare la visión sobre Él. Prueba de ello se puede ver en los pasajes en los cuales hay un cambio de paradigma en la concepción sobre la divinidad, dado que cada construcción cultural se forjó desde la idea del sacrificio (Valverde 2002) medio a través del cual se podía restablecer la relación que se había roto debido a un infrincimiento de la ley (Lv 16).

Además de lo mencionado, cabe señalar que, dentro de la historia del pueblo de Israel, se percibe la existencia de sacrificios humanos con el fin de agradar a la divinidad que se tenía, práctica que comienza a ser rechazada por esa comunidad o pueblo que está surgiendo en torno a una fidelidad hacia *Yhwh* (Gn 22, 1-12). Este ya es un gran paso, teniendo en cuenta que el grupo que sale con Abrahán desde Ur de Caldea en la Mesopotamia, se va a encontrar en la tierra de Canaán, una cultura fenicia que entendía el sacrificio humano como medio por medio del cual podían tener el favor de su divinidad (Alzate 2010).

Por lo descrito, se puede evidenciar el cambio de mentalidad que el pueblo de Israel va a tener, puesto que comienza a ver la lógica sacrificial de otra manera; su Dios no exige sacrificios humanos. Esto, por una parte, será muy positivo para las comunidades de la antigua Palestina, no obstante, la lógica sacrificial se mantenía puesto que el culto a Dios seguía demandando sangre animal, teniendo en cuenta que no va ser nada fácil escapar del sentido mágico y simbólico que va a tener el sacrificio como medio a través del cual se logra entablar una relación, sobre todo de perdón y sumisión al Creador (Valverde 2002).

Llegará una etapa en la que se trasciende, teniendo en cuenta que la responsabilidad de cada acción es personal, aunque también involucra a la comunidad. Esto se puede ver reflejado en la voz de los profetas, hombres capaces de comprender la realidad desde la fe, de tal forma que todo el tiempo estén anunciando y denunciando que lo que se haga con el otro, también lo va a sentir y encarnar el mismo Dios (Am 2: 6-7). Frente al mal desatado no puede existir otro sacrificio más que el permitir que Dios habite en el corazón de cada uno con el fin de que cada quien obre por la misericordia y el conocimiento de Aquel que todo lo puede (Os 6,6).

Por otra parte, con Jesús de Nazaret se comenzará a entender que nada que conlleve a la destrucción del otro debe aprobarse o permitirse, dado que cualquier afrenta, por

insignificante que sea, termina afectando la naturaleza humana (Mt 5, 38:42). Será entonces así que la comunidad cristiana primitiva tendrá presente que es necesario desarticular cualquier acumulación de ira y búsqueda de la venganza teniendo en cuenta que todo ello destruye; no importa que sea en defensa propia o, contra un mal llamado «enemigo»; igual lastima y degenera la humanidad (Mt 5, 43-48). Al final de cuentas, toda agresión genera una construcción del otro como enemigo. Produce violencia.

El problema con la violencia es que no permite lograr la plenitud de la vida, porque ella misma conlleva a la muerte (Suárez 2001); distancia al hombre de su proyecto de vida y su fin, que es la realización misma, pero no de manera independiente, sino con el otro, teniendo en cuenta que no es un ser solitario, sino social, de comunidad; y de ahí, su dimensión relacional (Suárez 2001). En ella, el hombre sólo se encefalece, a tal punto de no medirse hasta destruir todo a su paso y fracturar toda su esencia al romper su relación con todo lo que le rodea. En sí mismo, debido a lo que ha sido la evolución y transformación del ser humano, ha estado fracturado con su misma especie, con el entorno, consigo mismo, incluso, con el trascendente (Televisión pública 2011). Su integralidad sufre toda una alienación.

La propuesta de Jesús de Nazaret, busca entonces la eliminación de todas las formas de violencia dado que ve en esta la pérdida del ser y el rompimiento de la relación con Dios, autor de la vida. La violencia enaltece el pecado y, este último se alimenta de ella. Esta tiene la facultad de destruir y, por ende, genera muerte. Tampoco da tregua y no desaparece hasta que logra el cometido que es la supresión de la persona, la comunidad y, en sí, todas las formas de vida existentes, puesto que puede atentarse contra esta.

Como se ha presentado, a la luz del Hijo de Dios, es posible presentar una teología de la no violencia y la reconciliación, teniendo en cuenta que la no respuesta agresiva de Jesús frente a tanto daño acaecido, logra llevar a comprender que, ante la maldad, la única salida es la no agresión, el no rencor, o la no venganza, debido a, que para el galileo, una respuesta del mismo «calibre» o peso, solo puede desatar un daño mayor; de ahí la advertencia, vicio y desacierto de responder con mal, la agresión recibida (Mt 26:52).

Solo el perdón y la reconciliación pueden generar un cambio de perspectiva de la vida y del mundo en sí. Esto también es un gran paso en la propuesta de Jesús no sólo para quitarle

peso a la dinámica de la violencia, sino para lograr una deconstrucción de ese mal como impulsador de toda afrenta y del pecado. En la propuesta del «Maestro» no solo se da pie a frenar todo tipo de odio, o a poder comprender la dimensión del mal, sino que, además, se contempla la posibilidad del perdón y la reconciliación como expresiones de humanización. Pero, ¿Qué implica esto?

Ello implica que la persona dirija su inteligencia y voluntad a la inclusión del otro que justamente ha cometido el daño. Esto se puede lograr bajo la experiencia deconstructiva de todo imaginario que se ha elaborado del otro como enemigo, como fuente del mal y hacedor del daño social, de lo contrario, todo será inútil, debido a que hay un constante señalamiento de ese otro que lastimó. Esto así, propicia que la víctima se quede como tal y, a su vez, suceda lo mismo con el victimario. Es por eso que el dejarse tocar por el espíritu de ese Jesús, no muerto sino resucitado, contribuye además de evitar que las personas afectadas se llenen de rencor, a que, al responderle al otro con la no violencia, se pueda abrir un camino de posibilidad para el autor del mal ocasionado.

Las experiencias de los primeros cristianos con Jesús van a ocasionar una serie de escenas evangélicas en las que es posible comprender el dimensionamiento del perdón y la reconciliación, cuyo resultado casi inmediato será el cambio de vida y su fruto, la búsqueda del encuentro y la opción por los que se había dañado (Lc 19, 1-10). Todo el que experimenta la acogida de Jesús tiene como reacción el servicio (Mt 8,14-15). Según lo narra el evangelio, todo lo que toca el Hijo del Hombre queda transformado. Sus enseñanzas lograrán la cercanía de aquellos que eran tenidos por el común como enemigos (Mt 8, 5-13), precisamente porque su lenguaje saca al ser humano de su ego con el fin de que no se permita contemplar la ofensa, sin importar que exista alguna «causa justa» para hacerlo.

Para el hijo de María, un acto violento, es eso, «violencia», de ahí lo fundamental de despejar la mente de todo aquello que puede comenzar a destruir desde dentro. Además, seguramente para Jesús, era obvio que, ante una confrontación violenta, cada quien verá en el otro una barrera y un pretexto para desencadenar una serie de acciones que sólo lograrían la pérdida del yo y de la identidad humana en sí mismos (Rivera 2019).

No es fácil abrir las puertas del corazón o despertar la empatía frente una constante de violencia; no obstante, si tan solo se le mostrara a ese otro, a ese «enemigo» la alternativa

que presenta el «Reino de Dios», todo podría cambiar. Y puede ser diferente, teniendo en cuenta que desde la teología de la no violencia existe el principio de que toda creatura le pertenece a Dios y, por ende, el Padre constantemente reclamará eso que le es suyo; es decir, la humanidad entera. Por muy rebelde que sea el «hijo», la respuesta de Dios hacia este siempre será el de la acogida, la comprensión, la restauración, el perdón, la reconciliación y hasta la resiliencia. (Juan Pablo II 2000)

La teología judeocristiana, fuente de la teología de la no violencia, encarna la fragilidad humana en Jesucristo, quien asumiendo dicha condición “menos en el pecado” (Hb 4:15) logra demostrar con su propia existencia que es a través de la acogida de los más vulnerables, de los que han fallado, caído o equivocado, que puede hacerse presente el Reino de Dios. El Mesías deja claro que no hay otra posibilidad de cambiar la historia si no es a través de la supresión de cualquier intento de venganza, de violencia (Lc 23, 34); es más que una realidad; además, la historia misma es testigo que toda salida que se ha buscado a través de la agresión, no termina bien, dado que el desenlace será siempre el mismo, más violencia.

Para poder entender el proyecto de Jesús, tanto el agresor como el agredido, deben entrar en un proceso de *μετανοία* (*metanoia*). La *metanoia* es la transformación que debe sufrir el sujeto para poder construir una vida diferente, distante de todo lo que la pueda degradar y la aleje una verdadera realización y plenitud. Como su etimología lo evidencia, «Meta» hace alusión al ir más allá, y «noia» se refiere a la mente (Anchor, 2017). Prácticamente, se podría traducir como el ir más allá de la mente. Romper cualquier tipo de estructura mental deshumanizante que yo haya construido y evite un cambio de pensamiento y de conducta. En sí, es un comenzar de nuevo. Justo al inicio del evangelio según san Marcos, la invitación de Jesús para la humanidad es tener la disposición para cambiar todo tipo de pensamiento y disposición para adentrarse en la vida misma (Mc 1,15). En ese texto, también se presenta el verbo *metanoia*, como implicación del seguimiento de Jesús.

La no violencia es el camino trazado por Jesús de Nazaret; la reconciliación es su mayor pedagogía; teniendo en cuenta que solo cuando se le permite al otro comenzar de nuevo, no únicamente este se restaura, sino que se abre la oportunidad de que tal experiencia reparadora se repliegue en otras personas que hayan tendido a la violencia y, se les permita adentrarse en el encuentro con aquel que venció la muerte y derrotó la violencia con la no

agresión, el perdón y la reconciliación. Debe saberse que no es nada fácil cambiar la perspectiva, pero quizá todo puede ser diferente si se abre un espacio a la experiencia deconstructiva de la violencia que se experimenta en la persona y el mensaje de Jesús (Solarte 2009). La aprehensión de su palabra muestra el camino y la salida para no replicar la lógica sacrificial ni aunarlo más chivos expiatorios a esta historia, tema que se desarrollará a continuación.

3. La era de las víctimas, de los chivos expiatorios y la invisibilización del pecado estructural

La intención de Jesús de Nazaret escapa a cualquier salida por la vía de la violencia; es más, su opción indiscutiblemente es el pobre, la viuda, el huérfano, el ladrón, la prostituta, el revolucionario y así una lista que, para el pensamiento de la época, se podría sintetizar en un solo concepto, el de pecadores (Mt 9:10). Esto permite entender de manera implícita que la acción divina busca agudizarse no solo en los que han sufrido la injusticia, sino en los que la ocasionan, teniendo en cuenta que seguramente en la mente de Jesús no cabe esa ley del talión que permitía devolver la afrenta recibida. Es cierto, Jesús no hace un llamado a la venganza y mucho menos da pie para que se establezca una respuesta a cada ofensa recibida, de ahí la gran enseñanza que le heredarán a Simón Pedro sobre el perdón (Mt 18,21-22); sin embargo, en su crucifixión logra desenmascarar el alcance que tiene el pecado estructural, debido a que es maquinado y, busca además de aniquilar a su víctima, eliminar todo lo que de ella hay en otros.

La represión, persecución y la muerte, buscarán borrar todo el rastro del único que en su época había dejado en evidencia las consecuencias de denunciar el odio, el poder, el miedo, la codicia, la envidia, la mentira, la opresión y, en sí, todo lo que genera esclavitud en el ser humano. Jesús es entonces esa víctima y ese chivo expiatorio cuya sangre se desea emplear para esconder la realidad del mal (Pérez 2008).

A la luz de la persecución, opresión y asesinato de Jesús, se debería hacer una lectura de lo que le está aconteciendo a las víctimas actuales como lo son los líderes indígenas, afrodescendientes, ambientales, territoriales, jóvenes y demás población civil debido a que todo el tiempo, una vez se narra que aquellos fueron desplazados, desaparecidos, o

asesinados, se hace una reflexión en torno a lograr leyes más severas o aumentar el pie de fuerza, acciones que terminan distraendo al resto de la población, haciendo creer que las penas severas son sinónimo de la justicia, lo cual, a ciencia cierta, no contribuye a esta última (Salamanca 2016) y, además, evita que se conozca la verdad, dado que no interesa; o mejor, no conviene saberlo.

No conviene saberlo, porque de revelar el sentido real de tales sacrificios sacaría a la luz todo el engranaje que conlleva el pecado estructural (González 2017) que hay detrás de la violencia que cada vez más embarga la vida de las víctimas. Pero, ¿Quiénes son las víctimas? En un contexto como el de Colombia, entiéndase como tal al desplazado, el campesino, el indígena, el afrodescendiente, la mujer, el homosexual, el indigente, el desempleado, el médico, el militar, el revolucionario, el docente, el niño, el joven, la persona mayor, el enfermo y, en general, a todo aquel que es resultado de ese pecado estructural.

Si bien es cierto que cada época y lo vivido en cada una de ellas es diferente, lo que termina siendo común entre Jesús y las víctimas mencionadas, es la misma base del pecado estructural, el mal en sí mismo que pasó por encima de ellos, haciéndoles creer que lo que sufrieron fue porque asimismo se lo buscaron (Inampué 2021).

La lógica sacrificial se repite y, por ende, reaparece la figura de los chivos expiatorios, aquellos que no pueden huir porque si lo hacen pierden la posibilidad de denunciar ese mal que quiere apoderarse no solo de sus posesiones, sino también de su vida. Todo como respuesta a una violencia como estructura, o mejor, pecado estructural. Como pecado se puede comprender la

falta contra la razón, la verdad, la conciencia recta; es faltar al amor verdadero para con Dios y para con el prójimo, a causa de un apego perverso a ciertos bienes. Hierde la naturaleza del hombre y atenta contra la solidaridad humana. (Catecismo de la Iglesia Católica n° 1849)

Se refiere al pecado como estructural debido a que todo el daño no solo afecta a la víctima, sino a todos los que guardan una relación con ella; e incluso, porque se hiere a una parte del todo que es la sociedad misma (González 2017). Ese pecado generador de la violencia, tiene la capacidad de atravesar todas las dimensiones humanas de la persona y de una comunidad, teniendo en cuenta que los daños ocasionados generan a su vez unos efectos

colaterales. Pero esto no termina allí, dado que una de las grandes complejidades es que el pecado estructural, así como mantiene una lógica de poder y de violencia, a su vez, se esconde tras dinámicas casi invisibles y de falta de interpretación, tal como ha acontecido con la crucifixión de Jesús, para quienes siguen creyendo que aquella se dio porque tenía que cumplirse la voluntad del Padre y que no era otra más, que el sacrificio de su Hijo para el perdón de los pecados. Lamentablemente esta es la imagen que pervive dentro del cristianismo y que se distancia totalmente de lo que realmente comprendió la iglesia primitiva, o por lo menos, así lo menciona Lucas en el libro de los Hechos de los apóstoles:

Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo: «Jefes del pueblo y Ancianos: 9 Hoy debemos responder por el bien que hemos hecho a un enfermo. ¿A quién se debe esa sanación? 10 Sépanlo todos ustedes y todo el pueblo de Israel: este hombre que está aquí sano delante de ustedes ha sido sanado por el Nombre de Jesucristo el Nazareno, a quien ustedes crucificaron, pero a quien Dios ha resucitado de entre los muertos. 11 Él es la piedra que ustedes los constructores despreciaron y que se ha convertido en piedra angular. 12 No hay salvación en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres ningún otro Nombre por el que debamos ser salvados. (4, 8-12)

Es así por lo menos como se escribe la carta de San Pablo a los Efesios (1,7) y, que a su vez se podría malinterpretar si se mantiene la idea de la lógica sacrificial veterotestamentaria que señalaba la necesidad del ofrecimiento de la sangre como medio y símbolo de expiación de toda culpa (Alzate 2010). Al entender de esa manera la muerte de Jesús, no solamente se estaría guiando la atención a una apología de la lógica sacrificial, sino que además, se estaría desconociendo el pecado estructural que se esconde tras su asesinato; siendo este último concepto poco mencionado dentro de la tradición cristiana a excepción del evangelista Lucas quien en el libro de los Hechos de los apóstoles, así lo pone en boca de Simón Pedro (2, 22-23) y tuvo la capacidad de denunciar o, mejor, desnudar todo el trasfondo de ese crimen.

El pecado estructural se esconde detrás de la víctima, a quien, a su vez, emplea de escudo para culparla de un mal que está sufriendo la comunidad, con el fin de hacerle creer a esta última que solo con la anulación de esa víctima que es culpable de lo que está

aconteciendo, es posible recuperar la tranquilidad, la armonía y hasta la paz (Tamez 2010). Tal cual le aconteció a Jesús, para quien el Sumo Sacerdote, Caifás, tenía que sacrificarle con el fin de evitar un daño mayor contra todo el pueblo. Según esto, Jesús terminaba siendo el culpable del destino de su pueblo en manos del imperio romano y, por ende, el restablecimiento de la paz sólo se obtendría con la victimización del Maestro de Galilea (Jn 11, 45-50).

Tal acontecimiento evidencia toda una lógica sacrificial, algo que podría entenderse, en palabras del filósofo francés René Girard (1995), como una violencia de lo sagrado, teniendo en cuenta que en la víctima se encuentra una doble posición, la de culpable, debido a que siempre en ella van a encontrar razones para acabar con su vida; pero a su vez, la de salvador, dado que gracias a esa muerte, al parecer, todo volverá a la «normalidad»; gracias a ese sacrificio, se experimenta la «paz» (Burbano 2010). Lo que poco se analiza es que, dado que las razones por las cuales se le acusa a la víctima son un pretexto para esconder el pecado estructural, el final que tanto se estaba evitando, en el caso del pueblo judío que temía cualquier represión romana, al final, termina llevándose a cabo tiempo después con la destrucción del templo de Jerusalén, la persecución y el destierro tanto de judíos como judeocristianos.

Adicional a lo mencionado, el pecado estructural también esconde la verdadera razón del sacrificio, la «mímesis», entendida como el interés que se tiene por algo que el otro posee, de ahí el concepto que elabora Girard, el «deseo mimético» (citado en Muñoz 2017), puesto que el otro posee algo que comienza a ser de mi interés, tanto, que hasta se convierte en un deseo.

Se despierta igualmente la codicia y, por haber declinado en un deseo mimético, la única forma de obtenerlo es a través de la muerte, por ende, del sacrificio. El otro se convierte asimismo en objeto de mi deseo, pero no existe otra manera de apoderarme de él más que por la violencia y lo que ello conlleva, la victimización. Al ser el otro el obstáculo para lograr lo que se ha convertido en objeto de mi deseo, se presenta en mí una «rivalidad mimética» (Burbano 2010).

El objeto de deseo del cual fue víctima Jesús radica en su humanidad y la verdad, siendo esto último lo que acarreó un incontable número de seguidores, algo que lo exponía

ante los poderes de la época quienes presentían que podía ser una «piedra en el zapato». Herodes Antipas temía que se le arrebatara su trono; Roma lo sentía como un desestabilizador de la provincia judía; y peor aún, el Sanedrín, lo veía como una amenaza del fariseísmo y orden tradicional. Cada grupo deseó algo de Jesús de Nazaret: Sus seguidores, su popularidad y, su libertad para enseñar; pero más aún, la verdad que ponía al descubierto todo el mal que otros estaban ocasionando en nombre de un dios, que en nada se parecía al que lo había creado todo, se reveló a Moisés y que había hablado a través de los profetas (Hb 1:1).

Jesús es el máximo ejemplo desde el cristianismo que desnuda la lógica no sólo del chivo expiatorio, sino también la del pecado estructural que en muchas ocasiones termina, a través de las víctimas, escondiendo su propósito macabro, la banalidad del mal. Tal es el caso de Temístocles Machado, líder social asesinado el 27 de enero de 2018 por reclamar lo que era suyo y de su comunidad (Inampué 2021). Asimismo, seguramente les sucederá a otros reclamantes o líderes de tierras como Temístocles, o por lo menos es lo que advierten Andrés Narváez desde Ovejas, Sucre; o Jairo Navarro en Achí, Bolívar; Calixto Miranda en el Magdalena (Gómez 2018); y como ellos una cifra desbordante, demostrando así la evidencia de esa violencia de lo sagrado, ese objeto de deseo y, el deseo mimético sobre la tenencia de la tierra para el incremento del capital de los más poderosos.

Es así que el pecado estructural contempla ese gran elemento del deseo mimético, impulso que va a lograr no sólo culpar a la víctima, sino perseguirla y, fuera de ello, hacerla ver como culpable (Inampué 2021). En el caso de los reclamantes de tierras, el señalamiento que normalmente se le hace es que seguramente tiene nexos con grupos armados de izquierda, pretexto perfecto para no sólo exponerles frente a toda la comunidad, sino, para apropiarse de lo que era de él. Entonces se genera el rechazo, abandono y la indiferencia de aquel que supuestamente tiene bien merecido lo que le sucedió, lo que logra incluso un consentimiento de la comunidad quien avala la persecución; más aún, si el grupo social ha sido persuadido de que es por culpa de esas víctimas que se ha perdido la paz dentro de la región.

Si bien al final sólo se ha referido a las víctimas reclamantes de tierras, la lógica sacrificial y el deseo mimético, también se cumple en el resto de víctimas, teniendo en cuenta que, al ser condenadas injustamente, es porque alguien anhela algo de ellas (Muñoz, 2017). Así, el ciclo se repite y, el daño estructural se ensancha, incluso si se logra mantener la idea

de que todos los que han sido asesinados algo tenían que haber hecho, de lo contrario tendrían una vida más pacífica.

Este aparte tiende hacer énfasis en la era de las víctimas, no sólo por los líderes asesinados, sino por aquellos en quienes fue más evidente el deseo mimético y pecado estructural, los falsos positivos, llegando a sumar 6.402 asesinatos en tan sólo 6 años (León 2021), lo que podría promediarse en casi tres asesinatos diarios a manos del Estado colombiano. Lo peor de todo, es que el negacionismo estatal es otra manera de disimular la estructura del pecado y la lógica sacrificial, por ende, del indescriptible mal que se esconde detrás del daño ocasionado.

Frente a esto último, y desde la teología judeocristiana, debe saberse adentrar en el trasfondo de tanto daño, teniendo en cuenta que el silencio puede convertirnos en cómplices de tanta maldad (Arteta 2010). Por otra parte, cabe señalar que, de la lógica sacrificial, nada de lo que busca la violencia como salida, puede escapar de la misma. De ahí que un reclamo por lo acontecido con las víctimas y la búsqueda de sus victimarios bajo una nueva lógica sacrificial, esta vez, del lado de las víctimas, en quienes se puede invertir la violencia, logrando nuevos chivos expiatorios y, más sacralizados debido a que se podrían justificar desde la necesidad de implementar una justicia retributiva, dando a entender que solo estarán tranquilas en la medida en que sean testigos de que los agresores recibieron su merecido (Lefranc 2017)

La salida entonces tendrá que ser la búsqueda de una justicia social que debe lograr el reconocimiento de la dignidad humana y, a su vez, el desarrollo integral de todos; lo que a su vez demanda, tal como lo demostró Jesús de Nazaret, una desaparición de la lógica sacrificial y un develamiento del pecado estructural con el fin de conocer el origen del mal, sus efectos, tanto directos como colaterales, así como una alternativa de vida para quienes en algún momento estuvieron en contra de la vida, pero al final, gracias al perdón y a la reconciliación por parte de sus víctimas, volvieron su mirada hacia ellas. Por lo menos es lo que ha narrado la lideresa del colectivo «Madres de la Candelaria, camino de la esperanza», Teresita Gaviria, en el proceso de paz, perdón y reconciliación con los ex paramilitares quienes fuesen los victimarios de ese colectivo (Teresita Gaviria, [Comunicación personal] 20 de mayo de 2022, Universidad Santo Tomás).

Para la lideresa antioqueña, el verdadero paso para una construcción de paz, perdón y reconciliación debe ser la deconstrucción del imaginario que se tiene tanto de víctima como de victimario, de tal manera que todo se pueda comenzar de nuevo, motivo por el, Teresita pide que a todos se les identifique como sobrevivientes del conflicto armado colombiano. (Teresita Gaviria [Comunicación personal] 20 de mayo de 2020, Universidad Santo Tomás).

Es muy evidente cómo en Teresita Gaviria se rechaza la lógica sacrificial debido a su opción por la reconstrucción humana de todos los que para ella son sobrevivientes de la guerra, a saber, víctimas y victimarios. En ella hay todo un distanciamiento del deseo de una justicia retributiva que incluso se puede leer en la concepción de justicia que se fue adoptando en una de las etapas que vivió el pueblo de Israel y, que, es posible percibir como ejemplo en libros como el de los Salmos (58; 69; 109; 136), algo en parte entendible si se tiene en cuenta que las víctimas muchas veces se sienten abrumadas por los sentimientos propios de la violencia y, por ende, es de esperar el castigo como intervención divina que le hace justicia a quienes les han maltratado (Solarte 2009).

Si nuevamente se vuelve al texto bíblico, se puede entender cómo poco a poco el pueblo de Israel va esclareciendo la imagen de ese Dios en quien comprenden un ser opuesto a la lógica sacrificial, de ahí que gracias a Jesús de Nazaret, en quien se denuncia la maldad y violencia de lo sagrado, escondido bajo la figura del chivo expiatorio, se pueda reconocer la no agresión y la no venganza como la mejor forma de conocer la verdad, desnudar el pecado estructural y renunciar a cualquier intento de justicia en carácter de retribución; teniendo en cuenta que el perdón será el mejor paso para erradicar cualquier agravio; por ello la necesidad de ahondar el aparte: “Una teología del perdón y la deconstrucción del enemigo para una amistad social”

4. Una teología del perdón y la deconstrucción del enemigo para una amistad social

Tras los dos anteriores apartes, a saber, “La teología de la no violencia y la reconciliación y, la era de las víctimas” y “El chivo expiatorio y el develamiento del pecado estructural”, es fundamental lograr cerrar con los aportes de una teología del perdón a partir de la supresión de la venganza y la deconstrucción el imaginario del otro como enemigo, teniendo como punto de apoyo la reflexión al respecto que refiere el Papa Francisco en su

carta encíclica *Fratelli Tutti*, teniendo en cuenta que si así se quisiera entender, el sucesor de Pedro podría tenerse como el teólogo del perdón, la no violencia y la reconciliación.

Antes de convocar la carta encíclica, cabe señalar la importancia que tiene la teología del perdón para los diferentes procesos de paz, reconciliación y la deconstrucción del otro como enemigo. Como ejemplo, se puede contemplar la figura del profeta Ezequiel para tener un acercamiento al tema en cuestión:

Pero si el malvado se convierte de todos los pecados que ha cometido, observa todos mis preceptos y practica el derecho y la justicia, seguramente vivirá y no morirá. Ninguna de las ofensas que haya cometido le será recordada: a causa de la justicia que ha practicado, vivirá” (Ezequiel 18, 21-22)

Si se analiza el texto, hay alusión al perdón como la posibilidad de comenzar de nuevo; la única condición es que, ahora el victimario, en lugar de buscar hacer daño, deberá practicar la justicia. De entrada, se puede entender que la teología del perdón, si bien no es un ajuste de cuentas, sí hace una alusión a la reparación por parte de aquel que era el victimario (Toloza 2018). Dios no exige una justicia distributiva; conoce muy bien la lógica sacrificial que aquella esconde; pero sí necesita de una cristalización y prueba del cambio, cuyo resultado debe ser la justicia.

Por otra parte, cabe tener en cuenta cómo es que se asemeja el perdón con el vivir, lo que indica que desde la apertura al otro se puede lograr dejar atrás la búsqueda de la venganza, dado que esta, al igual que el pecado, genera muerte, degradación y alienación humana. La venganza y el odio solo carcomen la humanidad de las personas. Tales antivalores no discriminan la condición de la persona, ya sea en calidad de víctima o de victimario, puesto que al final, el dejarse llevar por tales impulsos y sentimientos afectarán a todos de manera negativa, ocasionando casi que la muerte para quienes terminen imbuidos en tal espiral o laberinto sin salida (Séneca 1999). La venganza y el odio se anteponen incluso a la creación, por caracterizarse como destructores de todo lo que puede emancipar la vida desde lo que ella misma implica.

La teología del perdón es un medio ideal para vaciar la mente, es decir, sacar de ella todo tipo de imaginarios que a veces nos creamos del otro como enemigo, así, a partir de una deconstrucción de esas estructuras mentales que tanto destruyen, lograr que el Espíritu de Cristo resucitado nos recree y rehumanise en una nueva vida que se oponga a la maldad para darle paso a la empatía, valor fundamental para propiciar el encuentro, diálogo, reconocimiento del yo tanto personal como ajeno. En la apertura al otro es que se experimenta la verdadera salvación, sin importar la condición en la que se encuentre, dado que en cada quien se reconoce la dignidad de ser hijos de Dios y coherederos de Cristo. Este tipo de teología abre paso para el salir de sí a ejemplo del Maestro de Galilea (Flp 2, 6-11) de tal forma que en todo aquel que se haya experimentado una configuración con el Maestro, pueda, a su vez, y a ejemplo de la relacionalidad y comunidad trinitaria, mantener esos sentimientos de reciprocidad a través de los cuales se genera comunión y pueblo de Dios (Zuleta 2014)

También se debe tener en cuenta que esta teología hace un llamado a cambiar la lógica sacrificial por un corazón, no solamente contrito, sino además reconciliado (Mt 5, 23-24). Nuevamente, Jesús enseña que es fundamental recuperar la amistad del otro y, que para Dios no es más importante la plegaria que se le dirige que la nueva oportunidad que se le da al victimario por habersele condonado su ofensa.

El perdón reivindica a la víctima y, a su vez, le devuelve la humanidad perdida a quien, por su distanciamiento del creador, lo había perdido todo (Lc 15, 11ss). En un principio este proceso no es fácil, sobre todo, si se tiene en cuenta la gravedad del daño ocasionado (Manuel Reyes Mate [Comunicación directa] 8 de septiembre de 2016. Universidad Santo Tomás). No obstante, por grave que sea la falta, para Dios no existe algún daño que no pueda perdonarse; debido a que, su mayor deseo es que todos se salven (Ez 33:10).

Nuevamente se expone la imagen de un Dios que cancela todo aquello que repliegue la lógica del sacrificio y, por ende, del chivo expiatorio. El Padre, tiene la capacidad de amar hasta el extremo; es evidente el derroche de su gracia en el ser humano; sin embargo, la conversión de la que se habla en la profecía de Ezequiel, también es el llamado a que, si

bien hay una segunda oportunidad para el pecador, esto implica una “*metanoia*” ya mencionada anteriormente.

El perdón por parte de Dios es posible, pero se necesitan dos aspectos fundamentales para poder experimentar aquel. El más importante, habría que decirlo, es el arrepentimiento; y el segundo, es la capacidad de enmienda para quien está siendo perdonado (Mt 5, 23-25). Tal como se ha mencionado, Dios Padre, quien solo tiene su afán en la salvación de todos, no tiene problema alguno para abrirle el corazón a quien ha hecho algún daño; algo que no le sucede tan fácilmente al resto de la humanidad, dado que no es tan posible propiciar ese encuentro justo con quien no ha sido capaz de detener sus impulsos, su sed de poder y de poseer, evidenciando en él, la teoría del deseo mimético.

La teología del perdón logra contribuir con el pensamiento de Jesús para quien jamás convendrá que el hombre contamine su corazón, dado que reconoce perfectamente, qué tanto destruye el pecado y la maldad en el interior de cada uno. El corazón, es el lugar en el que bien puede cultivar el amor de Dios o, la ira acumulada por el daño recibido. Por eso también es muy importante relacionar dicha teología con la teoría de la deconstrucción del enemigo, concepto del cual es posible comprender de la mejor manera, a la luz del filósofo francés Jacques Derrida.

La deconstrucción contemplada por Derrida (Citado en Borges 2013), es una acción que implica un movimiento en salida por parte del sujeto que la ejecuta. Es un salir de sí. Una disposición del individuo de su propio ego, para abrirse a la posición del otro. Dicho término se dirige al descentramiento de una idea que obstaculizaba la posibilidad de la expresión del otro, dado que era tanta la fuerza que la persona imprimía en ella, que hasta la absolutizaba, ocasionando de inmediato una barrera frente a lo que los demás pensaban (Krieger 2004). Lo único que tenía validez era el pensamiento propio; tanto así, que todo el entorno estaba guiado por su posición radical, reproduciendo así, una mentalidad hermética, e incluso, infalible.

Frente a esa manera de pensar es que el impulsador de la idea deconstructiva, reconoce la tentación del fundamentalismo y el radicalismo ideológico que se generan en los diferentes extremos, a tal punto de buscar la manera de anular el pensamiento del otro; por ende, la necesidad de la deconstrucción como el rechazo a dicha absolutización y la

búsqueda del control (Krieger 2004). Ante la homogeneización del pensamiento y la búsqueda de una sociedad controlada y ajena a su propia libertad, debe buscarse la manera de desestabilizar tal orientación para darle cabida a lo diferente, a lo que se cuestiona, teniendo en cuenta que la duda abre mayores posibilidades que el ensimismamiento de quien se impone.

La deconstrucción busca develar esas verdades absolutizadas y lo que hay detrás de ella; de ahí la necesidad de que permee toda realidad con el fin de lograr la participación de los otros, teniendo en cuenta que no se busca desentrañar un poder para que pase a otras manos; todo lo contrario; la deshegemonización debe darse en todas las direcciones. No se permite que el control circule; sino, que se anule (Ayala 2013). Si no es de esa manera, no se dará ninguna lógica deconstructiva; por el contrario, se fundamentará otro tipo de verdad absoluta.

Será así que la propuesta del filósofo francés promueva una transformación a partir del descentramiento de cada una de las partes de tal manera, que las ideas negativas sobre el otro, pierdan fuerza, se deconstruyan. Se debe aclarar que en dicha dinámica no hay una afrenta violenta; pero sí se hace necesario que cada quien renuncie a la idea de creer tener la razón o absolutización de su manera de pensar. Es todo un giro en la comprensión y la conceptualización de esa realidad que estaba en la mente del controlador.

Teniendo presente tal descripción, se puede entender por deconstrucción del imaginario del otro como enemigo, la anulación del pensamiento que terminaba ocasionando la represión del otro sobre el cual existía una subyugación. Pese a que el imaginario es una construcción mental (Guzmán 2016), lo más seguro es que se termine materializando en las afectaciones y agresiones hacia aquellos que se concibieron como enemigos.

Al haberse creado en mi mente otra realidad basada en la idea del enemigo, el otro no tiene oportunidad de liberarse de mi búsqueda e intención de dominio, la cual no solo se radicaliza en mí, sino que cada vez va en aumento, de tal manera que lo más posible sea una reacción violenta en contra de aquel que comenzó siendo únicamente un obstáculo psicológico. ¿Quién se iba a imaginar que lo que más ha hecho daño en los dirigentes de las

grandes potencias y, a su vez, en los líderes de ejércitos y los de los grupos subversivos, no es en sí la presencia del otro, sino, el imaginario que se ha creado sobre él?

La teología del perdón conoce muy bien esa dinámica y, por ende, reconoce dentro de ella su papel deconstructivo, algo que incluso se puede evidenciar en las enseñanzas de Jesús, tales como la oración del «Padre nuestro» (Lc 11,1- 4). Esta hermosa plegaria reconoce la necesidad de tal deconstrucción del otro como enemigo, de ahí, la súplica: “... perdona nuestros pecados como nosotros perdonamos a los que nos ofenden...” (Lc 11:4).

Al darse la acción deconstructiva, es posible experimentar, el perdón, el amor y la libertad; y también la apertura por parte de quienes se creía eran nuestros enemigos. Así por lo menos lo expresa el Papa Francisco en *Fratelli tutti* aludiendo a una escena en la que San Francisco de Asís invita a sus hermanos a salvaguardarse de toda violencia y afrenta para con los que otros han tenido por enemigos, pero que ellos, como reflejo del amor de Jesús y la humanidad misma, no deben agredir; por el contrario, sí someterse (Papa Francisco 2020). Esto tan solo es señalado al inicio de la encíclica y, desde la que comienza el Sumo Pontífice a referirse a una deconstrucción del enemigo.

El Santo Padre, en la introducción de esta gran obra en pro de la hermandad mundial expone de manera implícita la posibilidad de que exista un acercamiento y reconciliación con cualquiera con el que se crea tener alguna enemistad, disgusto, o diferencia; su razón de fondo, la dimensión universal que conlleva en sí mismo el amor fraterno (Papa Francisco 2020).

El pontífice argentino, pese a que reconoce las grandezas del amor, la amistad y el bien común, también denuncia todo lo que se opone a una amistad social, como es el egoísmo de algunos dirigentes que ven al pobre como enemigo y, bajo la impronta de la necesidad de defender los derechos y el bienestar nacional, aumentan la represión de extranjeros con el fin de que no se instalen en su territorio. Detrás de tal conducta, se esconde asimismo otra estructura de pecado; justo la que se construye a partir de la negativa de acogerles porque se puede perder el orden, el poder y hasta el control establecido.

Otra gran denuncia por parte del vicario de Pedro, es que tentativas como la de un mundo globalizado, o también, la de una cultura global, esconden en sí todo un deseo de

dominio y de pérdida de bien común, dado que quienes construyen todo tipo de políticas de orden mundial, por lo general terminan creándose imágenes de los más vulnerables como enemigos, de tal forma que exista un pretexto sólido para la represión, marginación y negación total de su existencia (Ander s.f.).

Lo anterior nuevamente devela la aparición de la lógica sacrificial. Muchos gobiernos, reúnen a las víctimas que son señaladas de alterar el orden establecido y, por ende, deberán ser sacrificadas con la deportación a su país de origen, o la marginación en el peor lugar de la ciudad en la que comenzarán a residir. La peor falta cometida por los nuevos chivos expiatorios, fue haber nacido y creído en quienes estaban del otro lado. Todos, víctimas del imaginario «enemigo» que de ellos se forjaron los que poseen el poder y el control político, económico y territorial a nivel nacional e internacional.

El otro gran enemigo que se construye es el de la pérdida de la conciencia histórica de tal forma que no exista razón alguna por el reclamo de las injusticias cometidas, los daños ocasionados, o el mal instaurado. El ideal será siempre evitar que exista alguien que confronte las diferentes realidades, así no se encontrará contradictor alguno, lo cual da vía libre para mantener la hegemonía establecida y, a su vez, se sentiría amenazada en caso de ponerla de cara a la verdad (Appadurai 2007). Reaparece entonces, otra estructura de pecado.

Es otra preocupación del vicario de Cristo, saber que los grandes capitalistas y poderosos de este mundo, pasan por encima del otro con el fin de lograr unos intereses demasiado particulares, de ahí, que se evidencia la creación del otro como enemigo en la medida en que se sataniza al defensor de los derechos humanos, o al que grita a favor de la tierra. Lo que les sigue a estos últimos es el descrédito, la amenaza y la anulación total; con el fin de que desaparezca todo intento de asomo de una dignidad humana o del bien común, conceptos deslegitimados para quitarles fuerza y, hacerlos ver enemigos del progreso; estrategia que termina justificando cualquier violencia ecosistémica (Papa Francisco 2020).

Otro ejemplo de lo que sería la creación del otro como enemigo, se evidencia en la violación de los Derechos Humanos de los más vulnerables como lo son los explotados laboralmente, o a quienes no se les reconoce en su dignidad, se les maltrata o se les esclaviza bajo trabajo forzado como ocurre con la mayoría de población migrante en

Colombia y parte de Latinoamérica (Rodríguez, Pichón y Marín 2018). No lejos de estos, se encuentra también la mujer, a quien aún no logra reconocérsele en igualdad de condiciones. Todos llevan una gran desventaja dado que quienes viven en la opulencia no toleran la presencia de los que les pueden amenazar su estabilidad y seguridad endogámica (Papa Francisco 2020). La mejor arma para todos termina siendo la invisibilización de quien constantemente vive en el anonimato. Otra manera clara de disfrazar la banalidad de otro mal.

Al finalizar el capítulo, el Papa acude a la esperanza como posible salida a todas esas situaciones que solo se han creado una imagen del otro como enemigo. Igualmente es la oportunidad, sostendrá el Santo Padre, para romper todas esas cadenas del odio, la desigualdad y ese falso espíritu del progreso que al apartarse de un desarrollo humano y de la búsqueda del bien común, solo logra nublar el espíritu de cooperación que propicia un mismo sentir (Rivera y Parada 2019); aquel que es testimoniado por la comunidad primitiva, quien, imbuida por la presencia de Jesús resucitado, es capaz de dimensionar lo que significa salir de sí; auto donarse (Hch 4, 32ss). Cada quien al servicio de la humanidad.

Lo más interesante de ese tan conocido pasaje del libro de los Hechos de los Apóstoles, es que se acentúa en que nadie tenía por suyo cosa alguna, todo era común (Hch 4,32); asimismo, también llama la atención y, no con menor fuerza que lo anterior, la afirmación de que “no había entre ellos indigentes” (Hch 4,34). Es más que obvio que donde opere un sentimiento y un hábito como tal, el resultado no puede ser otro. No hay cabida para los rencores, el miedo al otro, o nuevas enemistades, dado que es imposible reaccionar con una fuerza contraria a la que imprime Jesús resucitado en el creyente.

Desde el judeocristianismo la experiencia del Reino de Dios tiene que propiciar una dimensión de alteridad y justicia social, a través de las cuales se abra la posibilidad de la amistad social, y así, la disposición de la vida misma en clave de una construcción social porque es común y, por ende, demanda otro valor fundamental como lo es el de la corresponsabilidad.

Para el Padre, el otro siempre será mi responsabilidad, dado que somos como un solo cuerpo, ejemplo que presentará Pablo para referirse a un todo integrado, el cual se verá

afectado si alguno de sus miembros se resiente (1Co 12,26). Esta amistad social recalcada por el sucesor de Pedro, es una propuesta, producto de la experiencia cristiana que siempre ve en el otro, no un enemigo, sino una posibilidad de comunión y encuentro con el resucitado para quien toda acción loable en pro del bienestar del más vulnerable, víctima, excluido o necesitado, tiene una afectación directa con Él, quien sostiene que todo lo que con alguno se hizo, a él también se lo hicieron (Mt 25,40).

Lo anterior puede ser algo utópico, teniendo en cuenta que en un país como Colombia se evidencia todas esas denuncias que hace el Papa Francisco en su primer capítulo, en donde el odio, la ira, la codicia, la maldad, la corrupción y la muerte es lo que termina rodeando ese individualismo y búsqueda del mal por parte de los más poderosos, para quienes jamás será suficiente, dado que el deseo y apego por lo material, no tiene límites (Papa Francisco 2020). No obstante, también es cierto que todo será posible en la medida en que se mantenga la esperanza, aquella que permite mirar más allá. En ella es posible el perdón y la deconstrucción del enemigo dado que está cimentada en Cristo resucitado en quien la muerte ha sido derrotada y con ella, todo lo que inducía al hombre a la autodestrucción.

5. A modo de conclusión

Para finalizar, debe hacerse entonces eco acerca de la necesidad de una teología de la no violencia y la reconciliación como alternativas frente a un mundo que no es para nada resiliente, cooperante, corresponsable y, a su vez, desconoce la dimensión del perdón en términos de restauración personal y social. Desde la no violencia, se haya todo un camino de oportunidades para invertir cualquier lógica sacrificial.

Debe tenerse en cuenta, además, la realidad de aquellos que son perseguidos y convertidos en chivos expiatorios debido a que son tildados de culpables del mal que se está generando; gran estrategia para esconder la banalidad del mal, enmascarada en las víctimas quienes a su vez pueden develar el pecado estructural que hay detrás de su represión. Ellas terminan convirtiéndose en un mal necesario de aquellos que reproducen una conducta deshumanizante con fines materialistas y de intereses demasiado individualistas.

Desde la teología del perdón y la deconstrucción del enemigo para una amistad social, es posible comprender, cómo la muerte de Jesús denuncia el pecado, expone la lógica sacrificial y, a su vez, rompe con cualquier intento de poder hegemónico. En sí, toda la vida de Jesús fue una constante deconstrucción del enemigo, de ahí lo importante que es permitir que su espíritu resucitado se haga presente en medio de todos.

Asimismo, al inicio de este aparte se hizo énfasis en la necesidad del perdón como oportunidad para restablecer una relación lastimada por alguno. Adicional a ello, se explica lo que significa una deconstrucción del enemigo con el fin de superar cualquier idea que lleve al pecado; o mejor, la muerte. Igualmente se presentaron algunas denuncias que hace el Papa Francisco sobre un mundo donde el egoísmo es el peor enemigo de todos y, por ende, la mejor salida es la búsqueda de una amistad social, dado que, en ella, el hombre conforma comunidad, sale de sí y comienza a ver en el otro, ya no a un opositor, sino una mano para la cooperación.

Desde la propuesta de Jesús, el otro siempre será una oportunidad para crecer dado que, desde la visión judeocristiana, es con el que está a mi lado que puedo construir sociedad tras un trabajo cooperativo a través del cual se camine hacia un fin común (Ballesteros, Inampué y Rivera 2022). Gracias a ese otro me puedo conocer a mí mismo, comprender mis limitaciones y a su vez, las propias facultades o cualidades como parte de lo que soy. Buscar hacer el bien será un gran sello de fraternidad; y el perdón y la reconciliación, la mayor muestra de la presencia de la divinidad en sí mismo, dado que no hay otro modo de asemejarnos a Dios más que humanizándonos y humanizando a los demás.

Finalmente, en correspondencia con lo anterior, si bien es cierto que el deseo del creador fue hacer al hombre a imagen y semejanza suya, al momento de ejecutar tal acción solo se menciona que “a imagen de Dios lo creo...” (Gn 1:27) pero no «a semejanza», dado que aquella será la tarea que tendrán varones y mujeres y que se concretizan en una sola palabra: «humanización», proceso que implica apertura al otro, empatía, alteridad, respeto por la vida, solidaridad, corresponsabilidad, sensibilidad y demás valores que conlleven a reconocernos como seres con una individualidad propia y, a su vez, con una naturaleza social, propia de la comunidad humana (Rivera y Parada 2020).

Referencias

Alzate Suárez, Juan. Los sacrificios de Humanos – infantes en la antigua Fenicia. .
Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana. 2010
<https://repository.upb.edu.co/bitstream/handle/20.500.11912/68/LOS%20SACRIFICIOS%20DE%20HUMANOS%20-INFANTES-%20EN%20LA%20ANTIGUA%20FENICIA.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

Áncora. Metanoia = un cambio de vida. *Áncora*, Mayo 02 de 2017
<https://anchor.tfonline.com/es/post/metanoia-un-cambio-de-vida/>

Ander – Egg, Ezequiel. El proceso de globalización en la cultura. *Cuadernos del Patrimonio cultural*. México: Cultura.gob.mx, Octubre 20 de 22
<https://www.cultura.gob.mx/turismocultural/cuadernos/pdf13/articulo14.pdf>

Appadurai, Arjun. El rechazo de las minorías. Ensayo sobre la geografía de la furia
[Alberto E. Álvarez y Araceli Maira (Trads). Barcelona: Tusquets Editores, 2007,
<https://fundacion-rama.com/wp-content/uploads/2022/03/1459.-El-rechazo-de-las-minorias-%E2%80%A6-Appadurai.pdf>

Arteta, Aurelio. El mal consentido. La complicidad del espectador indiferente. Madrid: Alianza Editorial. 2010

Ayala Aragón, Óscar. La deconstrucción como movimiento de transformación. *Revista Ciencia, Docencia y Tecnología*; 34, n°47. 2013, 79-93
<https://www.redalyc.org/pdf/145/14529884003.pdf>

Ballesteros Guerrero, Elkin, Andrés Ricardo Inampué Borda y Andrés Felipe Rivera Gómez. La deconstrucción del enemigo: Aportes para edificar la paz en Colombia. *Revista*

Latinoamericana De Derechos Humanos, 33 n°2, 2022, 65-84.

<https://doi.org/10.15359/rldh.33-2.3>

Borges de Meneses, Ramiro. La deconstrucción en Jacques Derrida: Qué es y qué no es como estrategia. *Revista Universitas Philosophica*, 30 n°60, 2013, 177-204

<https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/vnphilosophica/article/view/10788>

Burbano Alarcón, Mauricio. La teoría mimética de René Girard y su aporte para la comprensión de la migración. *Revista Universitas Philosophica* 55, n° 27. 2010, 159-181

<http://www.scielo.org.co/pdf/unph/v27n55/v27n55a10.pdf>

Girard, René. La violencia de lo sagrado [Trad. Joaquín Jordá] 2ª ed. Madrid: Editorial Anagrama, 1995

Gómez, Juan. “Reclamante de tierras en Colombia: riesgo inminente”. *La paz en el terreno*, 05 de octubre de 2018, <https://www.lapazenelterreno.com/reclamante-tierras-colombia-riesgo-inminente-20181005>

González-Carvajal, Luis. “¿Pecado estructural o estructuras de pecado?” *Aula Doctrina Social de la Iglesia*. 10 de octubre de 2017, <https://auladsi.net/pecado-estructural-o-estructuras-de-pecado>

Inampué Borda, Andrés. “De dioses, héroes y testigos. El sentido de la Cultura Teológica en contextos de la construcción de paz en Colombia”. *Studocu*. 2021, <https://www.studocu.com/co/document/universidad-santo-tomas-colombia/cultura-teologica/de-dioses-heroes-y-testigos-el-sentido-de-la-cultura-teologica-en-contextos-de-paz/13749064>

Guzmán-Ramírez, Alejandro. Los Imaginarios Urbanos Y Su Utilización Como Herramienta De Análisis De Los Elementos Del Paisaje. *Revista Legado de Arquitectura y*

Diseño, n°. 20, 2016

<https://www.redalyc.org/journal/4779/477950133011/html/#:~:text=Un%20imaginario%20es%20una%20construcci%C3%B3n,mismo%20algo%20simb%C3%B3lico%20y%20trascendente.>

Krell, Yehuda. *Páginas de odio. Historia del antisemitismo*. Ayacucho: Editorial Dunken, 2014

Krieger, Peter. La deconstrucción de Jacques Derrida (1930 – 2004). *Revista Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*; 26, n°. 84, 2004
http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-12762004000100009

Lefranc, Sandrine. La venganza de las víctimas. *Revista de estudios sociales*; n°59, 2017
<https://doi.org/10.7440/res59.2017.12>

León, Juanita. Así llegó a la JEP a la cifra de 6402 víctimas de falsos positivos. *La silla vacía*, 25 de febrero de 2021 <https://lasillavacia.com/asi-llego-jep-cifra-6402-victimas-falsos-positivos-80319>

Muñoz Trejo, Anabel. Deseo mimético e identidad: Pensar a la violencia en el mundo actual. *Revista Sincronía*, n°, 72, 143 – 173, 2017
<https://www.redalyc.org/jatsRepo/5138/513852524010/html/index.html>

Pérez Sayago, Óscar. “El chivo expiatorio: una lectura teológica desde Marcos 5: 1-20”. Trabajo de grado – Pregrado, Universidad de la Salle, 2008
https://ciencia.lasalle.edu.co/filosofia_letras/365

Rivera Gómez, Andrés. Marx, el cristianismo y la violencia de lo sagrado. Hacia una anamnesis de la teología de la liberación. *Cuadernos De Filosofía Latinoamericana*, 40, n°121, 109–129, 2019 <https://doi.org/10.15332/25005375.5473>

Rivera Gómez, Andrés; Juan, Parada Silva. Necesidad de una teología del desarrollo encarnada, a partir del pensamiento de Louis Joseph Lebreton. *Revista Universitas Alphonsiana. Revista de Teología y Filosofía*, n°. 36. 153-175, 2019
<https://www.sanalfonso.edu.co/wp-content/uploads/REVISTA-UNIVERSITAS-1.pdf>

Rivera Gómez, Andrés; Juan, Parada Silva. La imperiosa necesidad de las humanidades en la educación: una mirada desde la imagen de los peregrinos. *Revista Horizonte Independiente*. 11 de agosto de 2020 <https://horizonteindependiente.com/la-imperiosa-necesidad-de-las-humanidades-en-la-educacion-una-mirada-desde-la-imagen-de-los-peregrinos/>

Rodríguez Ortega, María; Cindy Pichón Castillo y Daniel Marín Mass. Esclavitud moderna y explotación laboral: efecto de la legislación colombiana en la población migrante irregular. En *Panorama jurídico y socio jurídico de los derechos humanos, sociales y ambientales*. Tomo II, Compilado por Inés Rodríguez Lara; Jairo Enamorado Estrada; y Doris Navarro Suárez, 29-47, Barranquilla: Ediciones Universidad Simón Bolívar, 2018

Salamanca, Lilia. La imposición de la pena de muerte y la cadena perpetua en Colombia: un análisis teórico y constitucional. *Repositorio USTA*, 08 de septiembre de 2016
<https://repository.usta.edu.co/handle/11634/30113?show=full>

Séneca, Lucio. *De la ira*, adaptación de Luis Navarro y Calvo, Madrid: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1999 <https://www.cervantesvirtual.com/obra/de-la-ira--0/>

SS. Francisco “Fratelli tutti. Sobre la fraternidad y la amistad social” ed. Vaticano: Librería Editrice Vaticana. 2020
http://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20201003_enciclica-fratelli-tutti.html

SS. Juan Pablo II “Audiencia general” ed. Vaticano: Librería Editrice Vaticana. 2000.
http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/2000/documents/hf_jp-ii_aud_20000830.html

SS. Juan Pablo II “Catecismo de la Iglesia Católica” ed. Vaticano: Librería Editrice Vaticana. 2000 https://www.vatican.va/archive/catechism_sp/lettera-apost_sp.html

Suárez Medina, Gabriel, Teología y violencia. El Dios de la vida y la violencia. *Revista Theologica Xaveriana*. 139, 461 – 476, 2001
<https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/teoxaveriana/article/view/20978>

Solarte Rodríguez, Mario. Guerra justa y resistencia no violenta. Elementos para una narrativa teológica de la violencia y la no violencia. *Revista Theologica Xaveriana*, 59; n°. 167. 215 – 250, 2009 http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0120-36492009000100009

Tamez, Elsa. La codicia y el pecado estructural. *Revista Estudos de Religião*, 24, n°. 38, 12-24, 2010 <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6342502>

Televisión Pública. “El debate - ¿Son necesarias las religiones?”, video de youtube, 22:3, publicado el 28 de agosto de 2011. <https://www.youtube.com/watch?v=yJImpjrGwEg>

Tolosa Blanco, Álvaro. “La posibilidad del perdón en clave del método teológico ellacuriano. Una lectura contextual desde la Asociación de Familiares de las Víctimas de Trujillo(AFAVIT) a la luz de Lc 15, 11-32” Tesis de maestría, Pontificia Universidad Javeriana, 2018
<https://repository.javeriana.edu.co/bitstream/handle/10554/38266/MONOGRAF%C3%8DA%20MAESTR%C3%8DA%20TEOLOGIA%20STIVEL%20TOLOZA.pdf?sequence=2&isAllowed=y>

Valverde Sánchez, Sergio. Sobre el concepto de sacrificio en la historia de las religiones.
Revista de estudios, Universidad de Costa Rica; n°. 16, 83 – 98, 2002
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5761995>

Zuleta Salas, Guillermo. Perdón y esperanza, el camino a la resurrección de la justicia.
Revista Cuestiones Teológicas; 41; n°. 96. 271-276, 2014
<http://www.scielo.org.co/pdf/cte/v41n96/v41n96a01.pdf>